

De un encuentro con Ernesto Cardenal

*Sylma González, Ph. D.
Universidad de Puerto Rico
Correo electrónico: sylma_2000@yahoo.com*

En octubre de 2003 se celebró en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, un congreso de literatura mística al que asistieron reconocidas figuras nacionales e internacionales expertas en el tema. Entre los ponentes estaba Cardenal, quien leyó un puñado de sus versos místicos. Oí de sus labios la poesía sencilla, desnuda, directa y sin pretensiones que me había cautivado desde el primer momento. El poeta había llegado a Puerto Rico varios días antes del inicio del congreso. Martha Calero y yo fuimos convocadas por Luce López Baralt para hacer el papel de anfitrionas. Acababa de defender mi tesis de maestría, justamente, sobre su discurso místico. Confieso que la noche anterior no pude dormir. No sabía qué esperar del encuentro. Recordaba que mi poema favorito de adolescente, “Al perderte yo a ti”, era de su autoría. Lo llevaba siempre conmigo en una tarjetita, parecida a las de crédito, que compré en una farmacia de mi pueblo con la esperanza de regalársela a alguien *que me hubiera perdido*, pero terminé quedándome con ella. Llegué temprano al hotel en que se hospedaba en el Condado, acompañado por quien hacía las veces de asistente y escolta. Era un hombre mayor, aunque recio, simpático y amable, quien, si mi memoria no me falla, se apellidaba Chacón. Habían convivido en la comunidad contemplativa de Solentiname. Cardenal y él parecían tener una relación peculiar en la que coincidían regaños, reproches mutuos y mucho afecto y admiración. Esperé al sacerdote poeta en el vestíbulo del hotel muerta de miedo. Al abrirse las puertas del ascensor, me encontré de frente con un anciano de pelo y barba blanquísimos y largos, vestido con una senci-

lez conmovedora. No sé por qué me sorprendió que fuera un hombre grueso. Había visto fotos tuyas antes, pero me impresionó su aspecto. No se parecía a los curas de mi pueblo. (Hace poco lo vi en televisión, frágil y delgado, pero con la misma dignidad y entereza en su rostro). Tras un saludo seco, aunque cordial, salimos en el carro de Martha rumbo al Viejo San Juan. Él había estado allí antes. Yo seguía muy cortada, incapaz de actuar con naturalidad. Cardenal, por su parte, aseguró estar hambriento y deseoso de comer comida criolla puertorriqueña. Lo complacimos enseguida. De ese almuerzo recuerdo alegremente cómo rechazó un jugo de china natural por una Medalla (se tomó dos); y cuando le preguntó al mesero si la carne guisada traía guarnición. Cardenal era todo menos lo que me esperaba de un místico o, al menos, como me los imaginaba yo, entre San Juan y Santa Teresa. Era más terrenal, más humano, más cercano.

A medida que pasaba el tiempo, me iba sintiendo cada vez más cómoda a su lado. Lo observaba con detenimiento. Noté, por ejemplo, que le incomodaba ser reconocido en la calle. Conversó con naturalidad de cosas triviales, comió bacalaítos y tomó piña colada, totalmente indiferente a la mirada reprobadora de su acompañante. (Luego, reñirían en Soft and Creamy por un mantecado de chocolate). Tenía mucho y buen apetito. Tras pasear por varias horas, Cardenal quiso que lo lleváramos a Plaza Las Américas, pues deseaba ir a una ferretería y a Borders. Honestamente, no recuerdo a qué fuimos a la ferretería, pero en Borders pidió que le mostraran la sección de libros de física, ignorando por completo los anaqueles de literatura. Dijo con indiferencia que de esos ya tenía muchos. Al llevarlo de vuelta al hotel, se mostró muy agradecido por el paseo.

La noche antes de que regresara a Nicaragua, tras finalizado el congreso, volví a esperar al poeta místico en el vestíbulo del hotel. Esta vez, le llevaba una botella de ron de coco y dos cajitas de bacalaítos Goya, facsímil poco razonable de los que había disfrutado en el Viejo San Juan. Recibió mis sencillos obsequios con agradecimiento y buen humor. Luego, tímidamente le entregué un ejemplar de mi tesis. Para ahorrarme el momento incómodo, la tomé con naturalidad, aseguró que la leería al llegar a casa y la colocó junto a él. Ya casi al despedirnos salió el tema tan ansiado por mí, el de la espiritualidad;

sin embargo, él parecía más interesado en la mía. Alegó que la suya ya la conocía yo si había sabido leer sus textos. Le confesé que, aunque nacida en una familia católica, pasaba por una profunda crisis religiosa en ese momento. No sabía en qué creer. Aunque temerosa de su reacción, me atreví a decirle que una de las razones que me habían alejado del rito católico era mi incapacidad de creer en que la hostia consagrada era, en efecto, el cuerpo de Cristo; para mí era pan. Sonrió con sus ojos, revelándome brevemente al niño que fue un día. Me dijo: “Hija, tienes toda la razón, es un pedazo de pan; nada más que un símbolo. Donde verdaderamente encontrarás a Jesús es en las caras de los pobres”. Nos despedimos con un abrazo.

Un tiempo después, para mi sorpresa, tuvo la gentileza de enviarme con Luce, con quien se había encontrado en Cuba, si mal no recuerdo, cuatro ejemplares de poemarios suyos dedicados, haciéndome el honor irreplicable de escribir en ellos que mi tesis era una de sus favoritas, lo que me motivó a publicarla como libro más tarde. Ese breve encuentro ha sido uno de los momentos más significativos de mi vida; tan así es que mi primogénito, que hoy tiene 5 años, lleva su nombre como un homenaje a mi querido y admirado poeta.